

las monjas bien conservadas, había languidez en sus ojos, hoyuelos en sus mejillas y algo en su rostro que le daba cierto aire así como de gata golosa. Si no había podido llegar á ser bonita, por lo menos se había madurado tomando el sabor dulce y el olor fresco y apetitoso de las frutas del otoño. Lo único que notó el joven á pesar de la suelta y ancha bata de seda azul que aumentaba su languidez, fué que andaba con dificultad.

—No le hubiera á V. conocido, le dijo ella tendiéndole las manos; está V. hecho un hombre. ¡Cómo ha cambiado V. desde que no nos vemos!

Y al hablar así miraba á Octavio, alto, moreno, buen mozo, con el bigote y la barba esmeradamente arreglados. Cuando el joven le aseguró que no tenía más que veintidos años, ella exclamó admirada que representaba lo menos venticinco; y el mozalvete, á quien cualquier mujer, incluso la más humilde doméstica, producía un encanto especial, reía con toda su alma acariciando á la esposa del arquitecto con sus ojos de color de oro viejo que tenían la suavidad del terciopelo.

—Con efecto, repetía alegremente, he crecido, no tenía más remedio que crecer...

¿Se acuerda V. de cuando me compraba las canicas su prima de V. Gasparina?

Después le dió noticia de sus padres que disfrutaban de excelente salud y vivían dichosos en la casita que habían elegido para pasar cómodamente la vejez. Lo único que sentían era la soledad en que se hallaban, y no miraban con buenos ojos á su yerno Campardon por haberles privado de la agradable compañía de su querida Rosa. Después procuró el joven reanudar la conversación acerca de la prima Gasparina, movido por el recuerdo de la antigua y precoz curiosidad que no había logrado satisfacer respecto de una aventura que había quedado para él sin explicación: tal era la pasión del arquitecto por Gasparina, guapa chica, aunque pobre, y su brusco matrimonio con la enfermiza Rosa que tenía treinta mil francos de dote; suceso de resultados del cual hubo una escena de lágrimas, un rompimiento de las dos jóvenes y la fuga de la abandonada á París al lado de una tía que tenía, costurera de profesión. A pesar de las indirectas y de las alusiones de Octavio, Mad. Campardon no se dió por entendida, y el joven se quedó con el deseo de satisfacer su curiosidad.

—¿Y sus padres de V., preguntó á Octavio, cómo han quedado?

—¡Bien, muy bien, gracias! respondió. Mi madre no sabe salir de su jardín. Por lo demás, la casa de la calle de la Banne está como V. la dejó... Diga V., ¿se acuerda usted de los pastelillos que llevaba V. á mi hermana?

Mad. Campardon que nó podía permanecer mucho tiempo de pié, se habia sentado en uno de los altos banquillos que solia ocupar su marido al dibujar, con cuyo motivo colgaban sus piernas bajo la bata sin tocar al suelo. Octavio por su parte habia acercado una silla baja y se hallaba como á sus piés, teniendo que levantar la cabeza para hablarla con el aire de adorador que le era peculiar. El joven tenia verdadera disposición para captarse la confianza y el afecto de las mujeres; así es, que al cabo de diez minutos, Rosa y él se trataban como dos antiguas amigas de colegio.

—Me tiene V. convertido en su huésped, dijo Octavio acariciando su barba con una mano perfectamente modelada y adornada con bien cortadas y sonrosadas uñas... Ya verá V. que bien nos arreglamos... Por de pronto, no puedo menos de manifestar á usted mi gratitud por el interés que ha mostrado V. para hacer agradable al chicuelo de Plassans su estancia en París.

—No me dé V. las gracias, contestaba ella; soy muy perezosa y no he hecho nada. Aquiles, mi esposo, es quien lo ha arreglado todo. Por lo demás, bastaba que mi madre nos hubiese confiado el deseo que tenia usted de vivir en el seno de una familia, para que nosotros nós apresuráramos á abrir á V. las puertas de nuestra casa. De este modo nosotros disfrutaremos de su agradable compañía y V. no vivirá entre personas extrañas.

Octavio pasó al capítulo de las confianzas, y expuso que después de haber obtenido el grado de bachiller, para complacer á su familia, habia ido á Marsella, donde habia vivido tres años en un gran almacén de percales estampados, cuya fábrica se hallaba establecida en los alrededores de Plassans. El comercio le entusiasmaba, el comercio del lujo de la mujer en el que se ejerce una seducción, una posesión lenta del bello sexo por medio de frases amables y de aduladoras miradas. Bajo la impresión de este recuerdo, refirió con aire de triunfo cómo habia ganado cinco mil francos, sin los cuales, acusando al hablar una prudencia de judío bajo el aspecto de un calaverilla, jamás se habria arriesgado á ir á París.

—Figúrese V., dijo, que mis principales

tenían una indiana Pompadour; dibujo antiguo, pero precioso... Nadie caía en la tentación de comprarla y estaba relegada á los sótanos desde hacía dos años... Tuve yo por entonces que salir en comisión al Var y á los Bajos Alpes, y se me ocurrió la idea de comprar aquel saldo para venderlo por mi cuenta. Me lo llevé y obtuve un éxito extraordinario. Las mujeres se disputaban la tela; hoy no hay una siquiera por allá que no luzca mi indiana... Verdad, es sin modestia, que yo me di gran maña para hacerlas entrar por el aro... Y lo conseguí, si señora, lo conseguí: al poco tiempo todas me oían como á un oráculo, y hubiera hecho de ellas lo que me hubiera dado la gana.

El joven reía celebrando el recuerdo de su triunfo, mientras que Mad. Campardon seducida y trastornada por la idea de la famosa indiana Pompadour, le preguntaba si era una que había buscado inútilmente por todas partes para una bata de verano, con ramitos sobre tela lisa y natural.

—He viajado durante dos años, y creo que esto basta, añadió el joven; París ofrece más ancho campo, y sin perder tiempo voy á buscar alguna ocupación.

—Pues qué, exclamó la esposa del arquitecto, ¿mi marido no le ha dicho á us-

ted que ya le ha proporcionado una cerca de nuestra casa?

Al oirla expresó el joven su gratitud; y admirado de su suerte se preguntaba si aquella misma noche hallaría en su cuarto una mujer hermosa y cien mil francos de renta, cuando una niña de catorce años larguirucha y fea, con cabellos de un rubio indeciso, empujó la puerta y lanzó una exclamación de susto.

—Entra, no tengas miedo, dijo inadame Campardon. Es M. Octavio Mouret, de quien nos has oído hablar muchas veces. Después, volviéndose hacia el joven:

—Mi hija Angela, añadió presentándola. La última vez que fuimos á Plassans no la llevamos porque estaba muy delicada; pero ahí la tiene V., que va creciendo...

La niña con esa cortedad mimosa de las muchachas de su edad, se colocó detrás de su madre, y aunque bajando los ojos procuraba mirar al joven huésped.

A poco volvió Campardon muy animado, y no pudiendo ocultar su alegría, refirió en pocas palabras á su esposa lo que acababa de pasarle.

El cura de San Roque, el abate Mauduit, había ido á hablarle de algunos trabajos; una sencilla reparación pero que podía dar

mucho de sí. Después, sintiendo haber hablado delante de Octavio cambió de tono, y dándole un golpecito en el hombro, dijo:

—Vamos á ver, ¿qué es lo que hacemos?

—V. tendrá que salir, objetó Octavio; por mi parte no quiero molestarle.

—Aquiles, dijo Mad. Campardon, aún no has hablado á nuestro amigo de la ocupación que le has proporcionado en casa de los Hedouin...

—¡Calle!... ¡es verdad, se me había olvidado! Pues sí, amigo mio, es el cargo de primer dependiente en un comercio de novedades. Alguna persona que yo conozco ha hablado en favor de V. y le esperan. No son más que las cuatro; ¿quiere V. que vayamos en un momento y le presentaré?

En su afán de vestir con corrección, vaciló Octavio, temeroso de que no estuviera bien hecho el lazo de su corbata; pero madame Campardon le tranquilizó respecto de los escrúpulos que abrigaba, y se decidió á seguir á su amigo. Éste imprimió un ósculo en la frente que con un lánguido movimiento de cabeza le presentó su esposa, exclamando con la más tierna efusión:

—Adiós, monona mía, adiós pimpollo...

—No olviden ustedes que comemos á las siete, les dijo acompañándolos hasta el sa-

lón, donde cogieron sus sombreros. Angela los seguía maquinalmente, pero el profesor de piano la esperaba, y acto continuo se puso á golpear el instrumento con sus dedos secos y afilados. Octavio, que se detenía en la antesala para dar nuevamente gracias á Mad. Campardon por su amabilidad, oyó los primeros preludios, y mientras bajó la escalera parecía perseguirle la música. De casa de Mad. Juzeur, de la de los Vabre, de las de Duveyrier, otros pianos respondían al de Angela, ejecutando diversas piezas y alterando el recogimiento de aquel silencioso lugar.

Al salir de la casa, Campardon guió á su amigo á la calle nueva de San Agustín. Iba silencioso y meditabundo, como un hombre preocupado.

—¿Se acuerda V. de Gasparina? preguntó á Octavio. Ahora vamos á verla. También ocupa una posición análoga á la que va usted á tener en casa de los Hedouin.

El joven creyó que aquella ocasión era oportuna para satisfacer su curiosidad.

—Sí, ¿eh? ¿Pero vive con ustedes?

—No, hombre, no, exclamó el arquitecto con viveza y algo amoscado.

Como la violencia de su respuesta asombrase á Octavio, continuó diciéndole con obligada amabilidad:

—Mi mujer y ella están reñidas... Disgustos que siempre hay en las familias!.. Yo la hallé un día, y ya se ve, cómo había de negarle el saludo; tanto más, cuanto que la pobre no es rica. Continuamos tratándonos, y ahora saben la una de la otra por mí... Estas antiguas luchas requieren tiempo... sólo los años cicatrizan las heridas.

Octavio se resolvió á interrogarle categóricamente acerca de su matrimonio, cuando el arquitecto interrumpiéndole le dijo:

—Ya hemos llegado.

En el ángulo de las calles nueva de San Agustín y de la Michodière, se hallaba un almacén de telas de novedad, cuya puerta se abría sobre el estrecho triángulo de la plaza Gaillon. Ocultando dos antepechos del entresuelo, se veía una muestra que decía en grandes letras, que habían sido doradas: «El Paraíso de las señoras: casa fundada en 1822.» Y en los cristales de los escaparates con letras rojas se leía: *Deleuze, Hedouin y Compañía.*

—Las apariencias engañan, dijo Campardon. Falta en lo que se ve el gusto moderno, pero es un establecimiento de mucha solidez y gran moralidad. M. Hedouin, un antiguo dependiente, casó con la hija del hermano mayor de los de Deleuze, que mu-

rió hace dos años; de manera que dirigen la casa los dos jóvenes casados; porque un hermano del abuelo de ella, que aún vive, y otro socio que tienen, según creo, están detrás de la cortina... Ya verá V. á Mad. Hedouin... ¡Tiene una gran cabeza! Entremos.

Precisamente M. Hedouin había partido para Lila á comprar géneros, y su esposa fué quien los recibió. Estaba de pié, con un mango de pluma detrás de la oreja dando órdenes á dos mozos que colocaban piezas de tela en los estantes, y pareció al joven provinciano, tan grandiosa, tan admirablemente bella, con su correcto rostro y su peinado sencillo y elegante; tan grave con su vestido negro, sin más adorno que un simple cuello blanco y una corbata de hombre, que á pesar de su poca timidez, no pudo menos de balbucear las palabras con que la saludó.

—Corriente, dijo ella, con la mayor tranquilidad después de haber oído las explicaciones del joven. Puesto que nada tiene usted que hacer, puede V. ir poniéndose al corriente de sus obligaciones hasta la hora de comer.

Llamó á un dependiente, le confió á Octavio; y después de responder con la mayor finura á una pregunta que le hizo Campar-

don, que Gasparina había salido y que no regresaría hasta las seis, volvió la espalda al arquitecto y continuó su tarea dando órdenes con su voz dulce y rígida á la vez.

—Ahí, no, Alejandro... decía. Las piezas de seda arriba. Esas no son de la misma fábrica, mire V. la marca y tenga más cuidado.

Campardon que no sabía qué hacer, si irse ó quedarse, resolvió lo primero y anunció á Octavio que volvería á buscarle para llevarle á su casa á comer.

Durante dos horas, el joven examinó el almacén y le pareció pequeño, mal alumbrado, atestado de mercancías. Los fardos desde el suelo hasta el techo en todas las habitaciones, abrían estrecho y difícil paso á la circulación en el interior. En varias ocasiones halló al paso á Mad. Hedouin, muy atareada siempre y recorriendo los estrechos pasillos que formaban los fardos, sin tropezar con nadie ni enganchar en las cuerdas ni un sólo botón de los que adornaban su traje. Era en todo y por todo el alma del establecimiento, y la menor señal de su blanca mano bastaba para que todos, dependientes y mozos, la obedecieran en el acto.

Octavio se sentía como herido en su amor propio al notar que no se ocupaba para nada de él.

A cosa de las siete menos cuarto, al volver al piso entresuelo por la quinta ó sexta vez, indicaron al joven que Campardon estaba en el piso principal con la señorita Gasparina. En dicho piso se hallaba el departamento de lencería al cuidado de la prima de la esposa del arquitecto. La escalera que ponía en comunicación interiormente las secciones del establecimiento, era de caracol, y Octavio que subía de dos en dos los escalones, se detuvo al llegar al principal detrás de un elevado montón de piezas de percal, porque oyó con asombro la voz de Campardon tuteando á Gasparina.

—Te juro que no, decía con acento tan agitado, que hasta olvidando su situación levantaba la voz más de lo conveniente.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y cómo está? preguntó la joven.

—Como siempre, hija mía, tan pronto bien como mal. La pobre comprende que su enfermedad no tiene remedio.

—Pobre amigo mio, añadió Gasparina con voz conmovida, si alguien hay digno de lástima eres tú. Pero en fin, ya que has podido arreglártelas de otro modo... del mal el menos. Dile cuanto me apesadumbra su dolencia.

Campardon sin dejarla acabar la frase, la

cogió por los hombros y la dió un beso en los labios. Ella correspondió á esta caricia añadiendo con la mayor frescura:

—Si puedes ir mañana á las cinco... te esperaré acostada. Das tres golpes... ya sabes.

Octavio, asombrado de lo que acababa de oír y comprendiendo lo que pasaba, tosió y se presentó. Otra sorpresa le aguardaba. La prima Gasparina había perdido toda su belleza, estaba muy delgada, se había apergaminado y no conservaba de su antiguo esplendor más que los ojos, grandes y brillantes en medio de su rostro pálido y terroso. A pesar de todo, le admiró con su frente espaciosa, su boca grande, ardiente y fácil al cariño, como Rosa le había encantado con su gordura tardía de rubia lánguida é indolente.

Gasparina estuvo con él muy amable. Se acordaba mucho de Plassans, y habló al joven de los sucesos de otros días. Cuando se separaron de ella Campardon y él, estrechó sus manos como la de dos antiguos camaradas.

Al bajar á la tienda Mad. Hedouin, se limitó á decir á Octavio:

—Hasta mañana. No es necesario que vuelva V. esta noche.

En la calle, aturdido por el ruido de los coches y molestado á cada instante por los transeuntes, el joven no pudo menos de pensar que la esposa de su principal era bonita pero muy poco amable. Comunicó su pensamiento á Campardon, y éste protestó manifestando que no era una mujer expansiva de buenas á primeras, pero que estaba perfectamente educada en uno de los mejores colegios, y que de todo podía acusársela menos de cortesía.

Sobre el negro y fangoso pavimento de la calle, las luces de los escaparates ricamente decorados, proyectaban con sus resplandores diversas formas geométricas contrastando con la grandiosidad de unas tiendas, la sencillez y pobreza de otras escasamente alumbradas por humeantes lámparas.

En la calle nueva de San Agustín, poco antes de torcer para llegar á la de Choisseul, se detuvo el arquitecto delante de una tienda y exclamó:

—¡Calle...! ¿V. por aquí Mad. Vabre...? ¿Cómo va esa salud?

Una mujer joven, delgada, elegante, y cubierta con un rico abrigo, se hallaba en el dintel de la puerta de la tienda con un niño de tres años. Los dos se habían guarecido allí por temor de los coches que llenaban la

calle cruzando en todas direcciones, y la señora hablaba con una anciana, que era la dueña de la tienda y que la tuteaba.

Octavio no pudo distinguir bien sus facciones en medio de aquel cuadro indecisamente iluminado por los mecheros de gas que el aire mantenía en continua agitación; pero le pareció fea, y lo único que llamó su atención fueron sus ojos, ardientes, centellantes, que se fijaron en él. Detrás de aquel grupo aparecía la tienda oscura, húmeda, semejante á una cueva sin aire, donde se respiraba el vago olor del salitre.

—Es la señora de M. Teófilo Vabre, hijo menor de nuestro casero, dijo Campardon á su amigo. Una mujer agradabilísima. Ha nacido en esa lonja de sedas, una de las que tienen más parroquia en el barrio, propiedad todavía de sus padres M. y Mad. Lohette. ¡Le aseguro á V. que han hecho cuartos en esa covachuela!

Pero Octavio, que no comprendía el comercio bajo aquel punto de vista al parecer miserable, aseguró que por nada del mundo consentiría en habitar un sótano como aquél. ¡Qué de amarguras debían pasarse allí! Así es que nada tenía de extraño que la señora á quien acababa de ver, estuviera enferma. Entonces Campardon tomó á su cargo la

defensa de la salud de Valeria; no era ciertamente fuerte como un roble, pero estaba mucho mejor que su marido, el pobre Teófilo, un escrúpulo de hombre, endeble, macilento, quejumbroso y que en honor de la verdad la hacía pasar una vida aburrida en extremo.

Charlando así llegaron á casa del arquitecto, donde los aguardaba Mad. Campardon vestida con un elegante traje de seda gris, y peinada con esmero y hasta coquetería.

El arquitecto á fuer de buen marido, dió un cariñoso beso en el cuello á su cara mitad diciéndole como de costumbre:

—¡Buenas noches, monona mía...!

Todos se dirigieron al comedor y pasaron el rato agradablemente. Mad. Campardon habló de los Deleuze y de los Hedouin; una familia muy respetada en el barrio y cuyos individuos eran muy conocidos, un primo almacenero de papel en la calle Gaillon, un tío paraguero en el pasaje Choisseul, varias sobrinas y sobrinos establecidos en el mismo barrio. Después varió la conversación recayendo sobre Angela, que permanecía muy tiesa en su asiento y haciendo muchos gestos para comer. La madre la educaba en casa, para mayor tranquilidad, y no queriendo hablar más sobre este delicado pun-



to, guiñaba los ojos como dando á entender que las señoritas aprenden cosas feas en los colegios. Entre tanto la niña zangolotina había colocado un cuchillo sobre un plato de tal manera, que al cogerlo la criada se le cayera, y en efecto por poco hace platitos.

—V. tiene la culpa señorita, dijo Lisa con el mayor desenfado.

Una loca alegría contenida no sin violencia se reflejó en el rostro de la niña. Madame Campardon se limitó á encogerse de hombros, y cuando la doncella se fué á buscar los postres, hizo de ella los mayores elogios. Era inteligente, activa, todo se lo hallaba hecho. La cocinera no era así; á causa de sus años no era muy limpia, pero había visto nacer á Campardon y la habían tomado ley. Al tiempo en que la doncella volvía, añadió casi al oído de Octavio aludiendo á Lisa:

—De una conducta ejemplar... por lo menos nada en contrario he descubierto. Sólo sale una vez al mes para ir á visitar á una tía suya.

Octavio miraba á la muchacha, y al observar su temperamento nervioso, su pecho casi liso y sus grandes ojeras, pensó que debía divertirse en grande en casa de su tía.

Mad. Campardon proseguía explicando su

modo de pensar sobre varios asuntos. Refiriéndose á su hija, indicaba con la más seria volubilidad, que una jovencita de su edad imponía una grandísima responsabilidad, razón por la cual la tenía como en una estufa procurando que no llegasen hasta ella ni siquiera los ruidos de la calle. Entre tanto cada vez que Lisa se acercaba á la niña para cambiarle el plato, Angelita la pellizcaba en las pantorrillas, y debía haber entre las dos mucha intimidación, porque permanecían muy serias y ni la que pellizcaba ni la que recibía los pellizcos se inmutaban.

—Es preciso ser virtuosos, no por el qué dirán sino por uno mismo, exclamó Campardon con aire doctoral y sin transición aparente.—La opinión pública me tiene sin cuidado, ante todo soy artista.

Después de comer, permanecieron en la sala hasta las doce. Por supuesto que aquello era un escándalo; pero de algún modo debían celebrar la llegada de Octavio. Madame Campardon estaba fatigada y al fin se recostó en un canapé.

—¿Te encuentras mal, vida mía? la preguntó su marido.

—No hombre, no, contestó á media voz... siempre es de lo mismo.

Y dirigiéndole una mirada dulce, añadió:

—¿La has visto en casa de los Hedouin?

—Sí... y me ha preguntado por tí.

Dos lágrimas asomaron á los ojos de Rosa.

—¿Está bien, no es verdad?

—Vamos, vamos, tontona, dijo el arquitecto besando sus cabellos y olvidando que no estaban solos... Es necesario que tengas juicio... si no, sufres después... ¿No sabes monona mía que te quiero más que á mi vida?

Octavio que discretamente se había retirado hacia el balcón como para mirar á la calle, volvió á acercarse á sus amigos para examinar el rostro de Mad. Campardon, deseoso de escudriñar en él si la pobre mujer sabía las trapisondas de su marido. Pero había recuperado la afable serenidad, y parecía agradecer resignada las caricias de que la colmaba su esposo.

Al fin y al cabo se despidió el huésped, y provisto de una palmatoria con la vela encendida se hallaba en la escalera cuando oyó un ruido, como de faldas de seda al rozar en los escalones. Movidó por un sentimiento de galantería, dejó pasar á tres señoras que eran sin duda alguna Mad. Josserrand y sus hijas, inquilinas del piso cuarto exterior que volvían de alguna reunión. Cuando pasaron, la madre, mujer corpulenta

lenta y arrogante le miró con curiosidad: la hija mayor, como dándose tono, volvió la vista, y la menor le lanzó á quema ropa una mirada risueña. Esta última era una chica preciosa, de rostro expresivo, de buen color, de cabellos castaños con matiz rubio. La gracia, una gracia inocente, rebosaba en sus facciones y en su cuerpo; era suelta, vivaracha y tenía todo el aspecto de una recién casada volviendo de un baile con un traje muy complicado de combinaciones de encajes y de lazos. Las colas de los vestidos de las tres señoras desaparecieron rápidamente, y una puerta se abrió cerrándose en seguida.

Octavio guardó una agradable impresión de los ojos alegres y vivarachos de la joven.

Subió á su vez con lentitud los escalones que le quedaban. Un solo mechero de gas ardía, la escalera siempre con su tibio ambiente permanecía silenciosa, y le pareció aún más severa y recogida con sus castas puertas de caoba cerrando el paso á habitaciones y dormitorios no menos castos. Ni un solo rumor se percibía: aquellos cuartos parecían personas bien educadas que contenían el aliento para evitar hasta este indispensable ruido.

Antes de llegar á su cuarto oyó un leve

rumor, y asomándose por la barandilla vió á M. Gourd con sus zapatillas y su gorro, apagando la única luz que ardía. Entonces la casa quedó sumida en las más solemnes tinieblas y como anonadada en un sueño decente y distinguido.

A pesar de este silencio, cuando se halló Octavio en el lecho no pudo dormir. El joven, en estado febril, no hacía más que dar vueltas; las impresiones del día, las nuevas caras que había visto, las ideas que habían cruzado por su imaginación, danzaban incessantemente en su cerebro. ¿Por qué razón le trataban con tanta amabilidad los Campardon? ¿Proyectaban acaso endosarle con el tiempo su hija? ¿Qué extraña enfermedad aquejaba á la pobre mujer? ¿Le admitía el arquitecto en su casa para que distrajera y animase á su costilla?

Estas ideas se embrollaban más y más en su insomnio, y á su lado cruzaban sombras; su vecina Mad. Pichon con sus miradas lánguidas, la hermosa Mad. Hedouin, correcta y seria con su severo traje negro, los ardientes ojos de Valeria, la alegre expresión de Mlle. Jossierand...

Todos estos recuerdos le perseguían.

La verdad era que la suerte le favorecía, apenas llegado á Paris. En sus ensueños

siempre se le habían aparecido mujeres llevándole de la mano á la prosperidad en los negocios, y la realidad superaba á sus sueños. Lo peor del caso era que no sabía á cual elegir, y para decidirse recordaba la dulce voz de la una, la majestad de la otra, la coquetería de ésta, la languidez de aquélla... De pronto, exasperado, cedió á su innata brutalidad, renació en él el feroz desdén, que bajo la capa de adoración voluptuosa, le inspiraban las mujeres, y exclamó en voz alta:

—¡Me dejarán dormir con mil diablos esas condenadas! Cualesquiera de ellas me es igual ó todas á la vez, si es preciso. Ahora á dormir... mañana será otro día.